

ADIÓS A LA INOCENCIA

Martín Paredes Oporto

I don't wanna grow up.

Tom Waits

Cronológicamente, la adolescencia empieza alrededor de los doce años, pero nunca se sabe cuándo termina. Es el tiempo en que uno no sabe lo que es. Estás dejando de ser niño, pero todavía no eres adulto, aunque quieras serlo y lo desees con todas las fuerzas. A la vez, tienes temor de ser adulto. Porque serlo, aceptarse como tal, significa abdicar de ese destello infantil, puro; es matar un poco al niño que aún se agazapa dentro de ti, como tu álter ego. Te dicen inmaduro, y quizá sea cierto, pero no eres falso. Tu cuerpo cambia, te cambia la voz y te da vergüenza hablar. Tus amigos son lo más importante. Pertenecer a un grupo es esencial, imprescindible. Sentirte uno de ellos, los buenos muchachos. Tus amigos son tu otra familia, porque en tu casa no te entienden, te imponen muchas reglas, es una joda. El colegio me llega, me aburro en las clases, me tiro la pera con mis patas, a tu jato, ahorita que no hay nadie, *al colegio no voy más ni huevón*, nos arrullaba **Leuzemia** en los ochentas. En la calle estás con tus patas, una pichanguita en la pista, unas chelas, el primer cigarro, las cantinas, la primera borrachera, el descubrimiento de las drogas, el primer amor, las primeras paltas por amor, el primer beso, la eclosión de la sexualidad, las primeras fiestas, los burdeles (el desaparecido Jorge Amado declaró que pasó gran parte de su adolescencia en burdeles); lo prohibido es lo atractivo, la transgresión es emoción. Todo es nuevo y vives rápido. Pides libertad. Te crees inmortal. Tienes héroes, o antihéroes, y quieres ser como ellos, quieres ser muchas cosas. Sueñas ser otro, uno mejor, alucinas porque la realidad te importa un pito. Todos tienen expectativas en ti y te la echan a la espalda como una joroba que te impide caminar erguido. El espejo es tu peor enemigo. Los adultos también. No confíes en nadie mayor de treinta, ni en nadie menor.

La literatura, el cine, la música y la televisión, han trajinado el tema adolescente en innumeradas ocasiones. Hasta Luis Alberto Sánchez tituló uno de sus libros **Perú: retrato de un país adolescente**. Líricos protagonistas de problemas existenciales, sujetos de pésimo comportamiento y peores modales, o carne de cañón publicitaria. En el primer caso, quizá sea la música el vehículo más

rápido para desarrollar y transmitir todo un catálogo de paltas existenciales, y también de las más terrenales. Música de fondo para sobrellevar esos años difíciles y no sentirse desamparado del todo. Parece banal, pero a esa edad es sumamente importante. Saber que hay alguien que ha pasado por eso y además lo canta, es lo máximo. Quizá el grupo de rock que hizo del tópico problemas-de-adolescentes un emblema, sean **The Smiths**. Sus letras ventilaban sin roche traumas, temores, angustias, odios y demás tópicos propios de la edad; y lo que proponían era: enorgullécete de ello, manda al diablo a los demás, o como decía una canción: acéptate a ti mismo. Palabra clave: aceptación. Venerados casi tanto como fueron denostados, **The Smiths** supieron sintonizar con su público adolescente en su mayoría, *dieciséis años, torpe y tímida/ ésa es la historia de mi vida*, haciendo de la timidez, la soledad, la incomunicación y el desengaño amoroso banderas difíciles de arriar.

La narrativa del siglo XX ha creado una miríada de héroes adolescentes. Personajes inolvidables como Stephen Dedalus, Demian, el estudiante Törless, Ferdydurke, la belleza letal de Tazio o Holden Caulfield, protagonista de ***El guardián entre el centeno*** de J.D. Salinger, novela de culto que permanece prohibida en algunas escuelas de Estados Unidos. Holden tiene dieciséis años, ha sido expulsado de la escuela, odia el cine, fuma como un cosaco, es un mentiroso fantástico aquejado de hiperlucidez, el futuro no le preocupa demasiado, se aburre y está cansado porque ya sabe lo que le interesa. Suficiente para prenderle velitas. Inmadurez: ¿por qué no sentirse orgulloso de ser inmaduro?

CUIDADO CON EL PERRO

Mario Vargas Llosa publicó **Los cachorros**, titulada originalmente Pichula Cuéllar, en 1967. Escrita y reescrita una docena de veces, **Los cachorros** es el sonido grupal, plural, y el murmullo personal, de unos niños mirafloresinos y su tránsito hacia la adultez y adscripción a la mediana burguesía limeña. Cuéllar llega al Champagnat a “Tercero A”, es aceptado por sus compañeros en tanto vive en Miraflores, juega fútbol, es chancón pero buena gente y eso lo salva. Pero no llega a ser totalmente uno de ellos: para empezar es un apellido sin nombre, sus amigos son Choto, Chingolo, Mañuco, Lalo: él es Cuéllar. Después de ser castrado por Judas, el perro del colegio, se convierte en Pichulita. Su vida cambia, definitivamente no puede ser como los otros, no sólo biológica sino socialmente. A diferencia de los apodos de sus

amigos, el de Cuéllar es determinante, definitorio, paradójico: es algo que no tiene, que le han arrancado, que quiere recuperar, algo que lo haría igual a los demás, normal, para ser como ellos, para ser aceptado por ellos: el grupo. La castración lo va convirtiendo en un marginado en una sociedad patriarcal, vertical y machista.

Vargas Llosa escribió esta **nouvelle** a los 30 años, entre **La casa verde** y **Conversación en La Catedral**, y es fácil advertir cierta nostalgia por una adolescencia y un barrio (Miraflores) perdidos. El universo adolescente ya había sido abordado por el novelista en el conjunto de relatos **Los jefes** y en la magistral **La ciudad y los perros**. Ese carácter marginal del protagonista ha sido refrendado por el propio autor, que ante la pregunta de si ha sido marginado por la sociedad peruana, responde: «en ese sentido, desde luego. Es verdad. Yo he sido bastante marginado. Hasta los 10 años no: fui un niño bastante integrado y feliz, un niño muy consentido. Todo eso cambió cuando mis padres se reconciliaron y tuve que vivir con mi padre, una persona con la que siempre me llevé muy mal. Después, de adolescente quedé bastante segregado de mi propio medio por razones políticas y también por mi vocación, que no tenía mucho asiento social ni en el Perú ni en ningún país latinoamericano».

El grupo determina la condición social de Cuéllar y desde el accidente, el comportamiento del grupo oscila de la compasión, primero, a la marginación, después. Maduración, aceptación de normas y responsabilidades, son conceptos que Cuéllar viola y rechaza. Es Judas el personaje que funciona como **factum**, destruye su virilidad y detiene su inserción en la vida adulta. La evolución de Cuéllar se desliza como en un tobogán. Es una promesa del fútbol en su salón, pero tiene que renunciar al campeonato por el accidente (primera frustración). Cuando sus amigos empiezan a tener enamoradas, Cuéllar “no se moría por nadie”; al contrario, se va apartando del grupo, de la pequeña sociedad, Pichulita se emborrachaba y se vomitaba, quería la atención de sus amigos, se vuelve un problema para ellos: “comenzó a hacer locuras para llamar la atención”, los envidia porque no puede hacer lo mismo que ellos: él no podía caerle a ninguna chica, arruinaba fiestas, “te estás volviendo antipático”. Llega al barrio Teresita Arrarte, “rubiecita, potoncita y con sus dientes de conejo”, coquetísima, y Pichulita se tiembla, se ilusiona, cambia, se vuelve sociable, amable, “ssse mmmoría, sssí”. Pero la figura femenina le está vedada. Su segunda frustración se produce cuando sus padres le dicen que no lo pueden operar, que no se

puede “curar”. Hay dos escenas donde se muestra toda la impotencia de Cuéllar. La primera es cuando no le puede caer a Teresita; se muere por hacerlo y sabe que no puede hacerlo: “¿cómo le voy a caer? (...) Y él no era por eso, le podía decir sí, pero ¿y después?”. Y nada. Llega al barrio Cachito Arnilla, de San Isidro, estudiaba arquitectura, tenía un Pontiac y era nadador: le cayó a Teresita y ella sí: Cuéllar es desplazado: tercera frustración. La segunda escena es cuando van donde Nanette. Cuéllar se ha ido degradando progresivamente “¿sabes que ahora se junta con rosquetes, cafiches y pichicateros?”, ya tenía 21 años y lleva a sus amigos al burdel, pero él sale a llorar a su auto, la voz rota. Luego viene la exclusión definitiva del grupo a Cuéllar, tiene fama de maricón, “qué le quedaba, se comprendía, se le disculpaba, pero”, ya era difícil juntarse con él, lo señalaban en la calle, tenían miedo de que los confundieran con él. “Y nos amistamos y fueron a comer juntos pero esta vez algo se había fregado entre ellos y él y nunca más fue como antes”. Esto es clave para entender cómo se había deteriorado la relación de Cuéllar con su grupo, al punto de que cuando uno de ellos se casa le manda parte pero no invitación: el rechazo unánime, la exclusión total del individuo por el grupo que lo llevará a la muerte.

Todos participan de la muerte de Cuéllar, de su castración colectiva, el único personaje libre, transgresor, extraño, desarraigado, solitario, el cachorro perpetuo. El adulto que no pudo ser.

LOS HIJOS DEL DESORDEN

El escenario es Lima, la del lado horrible. Un barrio movido cualquiera, puede ser La Victoria, Chorrillos, El Rímac. Una quinta, bulliciosa y perdida, tugurizada. Unos chiquillos, “rocanroleros” de antes, pandilleros de hoy. El paisaje no ha cambiado mucho desde entonces. Y ya han pasado cuarenta años desde que Oswaldo Reynoso publicara en 1961 **Los inocentes**, que en su primera edición se titulaba *Relatos de collera* y después rebautizaría como *Lima en rock*. Miembro de la generación del 50, Reynoso, como Ribeyro y Congrains, vuelve la mirada hacia los barrios populares, los linderos de la ley, el realismo urbano. La ciudad está vista desde una collera de chiquillos lumpenizados, marginales, roban para tener dinero, pero sobre todo, como el personaje inicial, Cara de Angel, buscan desesperadamente ser hombres. O, lo más importante, demostrar que ya lo son. Requisitos: ser valiente, pendejo, saber fumar, chupar, jugar, robar, faltar al colegio, sacar plata a maricones y acostarse con

putas. Tener calle, esquina. El Rosquita no puede disimular sus dieciséis años, sueña con ser adulto, urgentemente, porque ser adulto es ser libre y se muere de cólera de no serlo. Poner cara de “maldito”, fumar como vicioso, hablar lisuras, fuerte, caminar a lo James Dean: nada funciona.

El gran temor de Cara de Angel es ser cobarde, todavía un niño de casa, por eso tiene que trompearse para demostrar que es hombre. Y si es necesario masturbarse delante de la collera para ser aceptado, reconocido; lo hace, para que no le sigan llamando María Bonita. En el relato, los miembros de la collera frecuentan cantinas, billares, burdeles: espacios masculinos, porque son los adultos (el Choro Plantado, alguien a quien emular, a quien pedirle consejos) quienes legitiman o no la masculinidad de los adolescentes.

La calle es su hábitat natural. Es el territorio donde reciben su educación (la ley de la calle), donde ponen a prueba su hombría, su hogar paralelo. Para la collera hacerse hombre es transgredir la ley, una escala de valores inversamente proporcional a la oficial. El robo de El Príncipe, su captura y aparición en los periódicos, es una hazaña celebrada por el grupo y es motivo de envidia para Colorete, el capazote de la collera. Además de ladrón, Colorete obtiene dinero por mantener relaciones homosexuales. También Cara de Angel le atrae. Para el grupo, su masculinidad no peligra siempre que asuma una posición activa. Pero tiembla y se esconde de las chicas “arregladas y bonitas” en las fiestas, su campo de acción es la calle, la collera, ahí es el bacán; y se muere por Juanita pero ella lo desprecia.

La figura femenina es negativa. Según El Príncipe son dos mujeres las culpables de que la policía lo capture. Una lo denuncia y la otra no lo acepta. O los engañan o los rechazan, como dice uno de ellos “pero las mujeres son mentirosas y más cuando se trata de amor”, o “casi todas las chelfas son iguales”. Estar con una chica es otra forma de demostrar y afirmar su masculinidad. Pero enamorarse y ser engañado, traicionado, es inaceptable, “lo más triste que le puede pasar a un hombre es que lo hagan cojudo. Por eso la maté”. Es su hombría la que está en juego.

Estos adolescentes, en los que aún queda un rezago de inocencia, de tristeza en los ojos, hijos de hogares destruidos, son los excluidos sociales, unos olvidados de Buñuel, los cachorros con caracha. Quizá se crucen por ahí con el Cuéllar maleado, el burdelero, el borrachín de cantinas. Quieren ser adultos, rápido.

Quieren sentirse hombres con las manos en los bolsillos...con hueco.

DIOS Y EL DIABLO EN LA TIERRA DEL SOL

El viejo saurio se retira (1969), novela de Miguel Gutiérrez ambientada en su natal Piura, narra la historia de un grupo de escolares que se sublevan ante la autoridad de un sacerdote: no quieren confesarse ni comulgar. Atentan contra el orden, las costumbres religiosas de una ciudad. Esa rebelión es contra el poder de la palabra del sacerdote, contra la autoridad. Piura, la ciudad pecadora, la ciudad del placer, donde se refleja el fuego del infierno, como dice un personaje. La figura de la iglesia, personificada en el padre Gaspercha, es opresiva, inflige temor y disemina culpas y pecados entre los alumnos en los llamados ejercicios espirituales. Nuevamente, una collera: Rodolfo, Chopipo, Muelita y Paco, frecuentan cantinas, burdeles, se escapan de las clases porque no soportan los píos sermones de Gaspercha. Éste, en cada sermón, les recuerda la cercana muerte de uno de sus compañeros, el Pavudo Saldaña, héroe del colegio, para dominarlos, sojuzgarlos. De héroe deportivo y mujeriego, Saldaña va degenerándose en un peleador errático, un aviador frustrado, expulsado y humillado del colegio, hasta encontrar la muerte. Destino similar al que es llevado Cuéllar en **Los cachorros**. Por otra parte, el tema de una rebelión colegial piurana también había sido abordado por Vargas Llosa en **Los jefes**.

Otra muerte, la de Lucho, hermano de Muelita, aparecerá una y otra vez como una pesadilla perpetua, atormentando a Muelita. Su muerte es significativa. Lucho muere en una competencia, ahogado en el río Piura, nadando de una orilla a otra para alcanzar al mono Morey y sodomizarlo. “La tentación, la muerte había estado en la otra orilla y quizá yo era el destinado a morir, quizá si la muerte me había señalado a través de la mirada coqueta de Morey, y Lucho fue el sacrificado”, se dice Muelita.

El hermano de Rodolfo, Fifo, es un idiota encerrado en los altos de la casa, en el palomar, oculto para los demás. Rodolfo y su hermana Magali mantienen relaciones incestuosas, lo que lleva a ésta a creer que la tara de Fifo se debe al “fruto de nuestro pecado”. La vergüenza que siente Rodolfo por Fifo, la degeneración de la familia, lo hace comprender que es mejor que permanezca encerrado, oculto “como el viejo silo tapiado depositario de los antiguos excrementos”. El monstruo que hay dentro de uno mismo y que hay que esconder.

